

Casi Nada
Guillermo Severiche
Louisiana State University

Mathieu abrió la ventana del sótano de una patada. Era invierno y no había nadie. Entró y encendió la chimenea. Se recostó al lado del fuego y mientras lo observaba mantenía un silencio solemne, mirando a su alrededor las cosas que habían cambiado, las paredes iluminadas por las llamas. Todo estaba viejo, sucio, olía a abandono. Sacó la grabadora que ya había utilizado en el tren y la encendió: “Bien. Aquí estoy. Estoy sentado junto al fuego. Hace mucho frío. Vi a la vecina. Me dio la leña. Espero que no llame. ¡Está helado! Me gustaría que vinieras un fin de semana. Te puedo mostrar el lugar. Creo que te gustaría. No sé qué haré esta semana. Hoy encontré un gato afuera. Ahora está durmiendo”.

Cédric no tardaría en aparecerse y pedirle explicaciones. Pero para Mathieu ya no importaba porque ya ese asunto estaba cerrado; lo había decidido en el hospital. Iba a empezar de vuelta. Ya no era verano.

Días después encontró trabajo en un bar. Lavaba los platos y fregaba los pisos. Había postergado el estudio hasta el año siguiente, cuando pudiera reestablecerse. Cédric seguía siendo la causa exacta por la que había intentado matarse. Habían pasado casi dos años juntos, luego de haberse conocido en Biarritz. Mientras levantaba las sillas del bar y las ponía sobre las mesas, su mente se dispersaba para volver a reunirse en Cédric. No tardará en venir y a exigirme que diga algo, que le explique qué pasó.

Mathieu no podía entenderlo tampoco. No quiso que sus padres supieran lo que había ocurrido, que casi se muere, que estaba solo y sin dinero. Durante las noches miraba fotografías que había encontrado en un cajón. Su madre con su hermana en los brazos. Él mismo atizando una fogata. Su padre. Su hermano que había muerto unas semanas luego de nacer. Se quedó con esa foto entre sus manos, frente a la chimenea, con un plato de fideos.

Cédric apareció días después. Golpeó la puerta, gritó, dijo que sabía que él estaba ahí. Pero Mathieu no le abrió. Sólo observaba desde el sofá la sombra que se vislumbraba entre las rajaduras de la puerta. Cédric le pidió por favor que abriera. Él no lo hizo. Luego se marchó. Fue la última vez que lo vio.

Había pasado un mes. Todavía seguía recordándolo, con la imagen patente de aquella primera charla. “Has cambiado mucho”, le dijo Cédric. “Te veía el año pasado”. Mathieu caminaba sin poder disimular la alegría de estar hablando con él. “¿Tienes amigos aquí?”, Cédric preguntó. “No realmente”. “¿Te gustaría uno?”. “¿Tú, por ejemplo?”, dijo Mathieu. “Yo, por ejemplo”, sonrió. “Sí, claro”.

Una tarde Pierre entró al bar. No vio a Mathieu hasta tenerlo cerca. Tomó un sorbo de su cerveza y se fue. Él había quedado consternado al darse cuenta de que Pierre vivía en el pueblo. Esa noche buscó su nombre en la guía telefónica y consiguió su dirección. Días después, fue a visitarlo. Su madre abrió la puerta y le dijo que Pierre no llegaría sino dentro de media hora. Mathieu decidió esperarlo. Al llegar, Pierre se sorprendió. Nunca había hablado con él, pero sabía muy bien quién era. Le dijo que si quería dar un paseo por la playa, a pesar del frío.

- ¿Y tú qué tal? – Pierre preguntó. – ¿A qué viniste?
- Necesito aire.
- ¿Vino Cédric contigo?
- No – se quedaron callados. – ¿Puedo preguntarte algo? ¿Qué pasó entre ustedes? – Mathieu intentaba dibujar una línea recta en la arena mojada. – No necesitas responder...
- No, no, está bien – Pierre respiraba con un poco de dificultad. – Nunca hablé de esto con alguien. En ese tiempo, sólo había estado con chicas. Luego conocí a Cédric. Es todo.
- ¿Qué pasó?
- Yo era chico, así que fue difícil. Tuve que elegir y me acobardé.
- ¿Te arrepientes?
- No, no hubiera funcionado – Pierre lo miraba de reojo – ¿Cuánto ha pasado...? ¿Año? ¿Año y medio?
- Casi dos – dijo Mathieu.
- Has cambiado... estás más...
- ¿Más qué?
- No sé... Menos niño.
- ¿En serio?

Dijeron que quizás podrían comer algo esa noche. El sol estaba a punto de ocultarse. Siguieron caminando y un niño que iba con su perro fue acercándose. Llevaba una pelota, estaba solo. Pierre se acercó a jugar con él y Mathieu se sentó a observarlos. Su cuerpo delgado dibujaba los últimos trazos de sombra en la arena. El perro iba de un lado para otro mientras Pierre corría detrás de la pelota. Pronto anochecería.